



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

**JOSÉ FERNANDO SIALE
DJANGANY**

En el lapso de una ternura

[fragmento]

Edición impresa

José Fernando Siale Djangany, *En el lapso de una ternura* (2011)

En

José Fernando Siale Djangany, *En el lapso de una ternura*.
Barcelona: Ediciones Carena. 2011. (157-160)

Edición digital

José Fernando Siale Djangany, *En el lapso de una ternura* (2014).
Fragmento

Carolina López Tello (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Enero de 2015



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



En el lapso de una ternura

José Fernando Siale Djangany

LAS GALLINAS NO CUENTAN HISTORIAS

Llegamos Gloria y yo al aeropuerto de Cotonou sobre las diecinueve horas. Mi amiga le tiene miedo a prácticamente todo en esta vida: al vino, al avión, a la magia, a la intrepidez..., es, para abreviar, muy medrosa. El vuelo duró apenas dos horas con un bimotor a hélices; nos sirvieron agua durante el trayecto. Yo no bebí, pues me sentía ansiosa. Ella sí, para aplacar un nudo que, según ella, tenía debajo de la garganta. Llegué a Benín con tanta hambre que sin más preámbulos le dije que fuésemos a cualquier garito a comer carne a las brasas, esa que llaman cupé-cupé, aunque otros le dicen "soya".

Serían las siete de la mañana siguiente cuando alguien llamó a nuestra habitación. Era Roger, el gerente. Yo ya estaba arreglada, Gloria dándole los últimos retoques a su cabello. Luego, siguiéndole los pasos a Roger, bajamos a la sala de la planta baja. Desayuné copiosamente, pues hambre sentía después de bailar hasta las dos de la madrugada. Luego de desayunar, Roger le dio instrucciones al taxista que vino a recogernos. El hombre asintió varias veces con la cabeza: *je connais, patron, je connais!* Al cabo de una hora serpenteando entre la humareda y tragando el infecto polvo de Cotonou, llegué a aquella finca en el centro de la ciudad. Bajamos del taxi tras abonar el precio del trayecto y aguzar el oído a las indicaciones del chófer acerca del lugar que andábamos buscando.

Una mujer por encima de los cincuenta, bien vestida a pesar de no llevar más que un sencillo pareo atado a la altura del nacimiento de los senos, vino a recibirnos una vez hicimos sonar el timbre. "Te está esperando" -dijo dirigiéndose a mí tras preguntar por quién de las dos se llamaba Roberta. El hall de la casa era bonito, inspiraba confianza en los conocimientos de aquel hombre tan popular en Malabo; de quien las mujeres hablaban con elogios; pues sus remedios probados curaban de la soltería vagabunda, del pareo ligero, de la pobreza fatal, del paro laboral y sentimental... La anfitriona una vez accedimos a la antesala, le indicó a Gloria un asiento. "¿Fanta naranja o Pepsi-cola?" -aclaró al dirigirse hacia una neverita. "Pepsi", respondió Gloria al tomar asiento y cruzar elegantemente las piernas. Me encanta la manera en que mi amiga se cruza de piernas, es tan... Estoy divagando.

Entré por la puerta que me indicó la mujer. Aparté la cortina que colgaba a nivel de tobillo. Una pesada penumbra reinaba en aquella habitación donde flotaba un denso aroma. Era incienso puro. A mí nunca me había gustado el incienso debido a su uso exclusivo para momentos bien precisos, como ahora. Él estaba sentado en un taburete bajo, el congosá bench. Lo reconocí no más verlo. Tal cual como lo describían las mujeres del mercado de Malabo: alto, cachoso, guapo, serio, con unas manos finas, los dientes blancos como marfil pulido, su mirada cautivaba, y su pose era la de un caballero.

Con solamente verle concluí que era un hombre fuerte, un "strong man" con cosas eficaces. A su alrededor se verificaba un conglomerado de amuletos, cuchillos con los que sobre seguro procedía a las escarificaciones por donde introducía poderosos remedios. En una esquina presté atención a un viejo portamonedas. Deduje que podría ser la matriz de los monederos inagotables que entregaba a las mujeres ávidas de riquezas. Me sentí segura, con esperanzas. Una silla-butaca estaba colocada frente a él, a unos tres metros. Tras del asiento una cortina de colores cubría toda la pared. Me invitó a que me sentara. Preguntó: ¿cómo quieres ser de rica? Y yo le dije: rica, muy rica, como la hija de... Pero no pude acabar la frase. Algo me tapó la nariz y la boca, algo húmedo. Sentí como un brazo fuerte, alicatado, que me agarraba por el cuello y una férrea mano tenía sujetado aquel pañuelo sobre mi boca y mi nariz. El trapo desprendía un vapor que iba poco a poco, como un agujero negro dentro de mí, absorbiendo mi consciencia. Vi la mano que lo sujetaba, negra, venosa, musculosa; también distinguí cómo el curandero se levantaba del taburete precipitándose sobre mí.

El resto de la historia no fue como la contaron en Malabo, ni tampoco la versión que pudo haberse creído mi pobre amiga Gloria. Cuando ella entró, el strong man le entregó una gallina: "Lo siento, lo siento". Se expresó el hombre con cara de ermitaño, que pareció referirse a nada en concreto. "No ha sido culpa mía, lo siento". Tras estas palabras habría hecho con la mano un tenue gesto hacia la cola de la gallina (yo, mutada en ave), la cual, asustándose ligeramente, caminó hacia donde Gloria, y se paró a sus pies.

En el Consulado, Bonifacio, un funcionario de tres al cuarto propuesto a agregado consular sólo porque Dios es grande, no estaba por la labor: "aunque fuese una guineana de origen -dijo hurgando con la uña del meñique en sus adentros nasales-, si se ha convertido en gallina en territorio beninés es el Gobierno de Cotonou quien debe ocuparse del caso". Fue su primera frase aceptablemente larga y construida, aunque después dijera: "bueno, el Cónsul está ausente, esperemos su regreso". En una suerte de buhardilla pobremente amueblada sujetaron la pata izquierda de la gallina (es decir, yo) a uno de los pies de la cama esquelética que tenían tirada en un ángulo. Dicen que me llevaron (la gallina, por supuesto) de regreso a Malabo, en vuelo chárter afretado por el embajador. Me depositaron en el Ministerio de agricultura, en la granja experimental, donde iba la gente a ver a la Gallifemi -que es el nombre que popularmente le dieron al ave-, teniendo que intervenir el director general de ganadería estableciendo un estricto horario de visitas y la prohibición de que se tocara a la Gallifemi. A la gente que regresaba de la granja experimental se les preguntaba por cómo era la Gallifemi, y respondían no haberla podido ver porque todavía la granja seguía cerrada. Otros decían que al arribar a la granja, las autoridades acababan de llevársela.

La versión más cruda y plausible es que no regresé a Malabo ni me hice rica. Aquellas recias y malvadas manos decidieron por mí. Me arrastraron tras de las cortinas. Ahí tenían instalado su quirófano de fortuna. Me trabaron manos y pies a la camilla. Tenían preparadas neveras portátiles, camillas, luces. Aparecieron dos personas más, disfrazadas con bata blanca, mascarilla; con escarpelo y gasa en las manos. Se acercaron a la camilla al momento en que se apagaban los últimos focos de

mi consciencia, y veía entre visillos cómo el curandero ese tomaba una gallina blanca de un baúl, para con ella en las manos salir del improvisado quirófano. No tardaron en extirpármelo todo. Mi hígado fue a parar al portátil de la tapa azul. Mis riñones se acondicionaron en otra neverita con el nombre de una provincia del Congo. En un recipiente que llevaba la inscripción "producto fresco", depositaron mi corazón encima del bazo.

A propósito del resto de mi cuerpo..., a veces no quiero decir nada porque incluso a mí me da náuseas: lo vendieron a unos necrófagos del mercado de Cotonou.